

VIERNES III DE PASCUA

Juan 6, 52-59

En aquel tiempo, disputaban los judíos entre sí: «¿Cómo puede este darnos a comer su carne?». Entonces Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre». Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaúm.

Estas palabras pueden parecer desconcertantes a primera vista, pero en realidad apuntan a una verdad más profunda, que solo se puede conocer con la inteligencia del don de la fe.

Jesús está hablando de la posibilidad que nos da de estar íntimamente unidos a Él. Nos ofrece no solo su enseñanza, no solo su presencia, no solo su propia vida, no solo su paz, sino todo su ser. Decimos que Jesús, en la Eucaristía, está presente con su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad. Está presente con su Cuerpo y su Sangre porque es presencia real. Está presente con su Alma, porque está vivo y resucitado. Está presente con su Divinidad, porque es Dios.

Así pues, cuando comulgas, en el pan eucarístico, Jesús se te da con su presencia, con su vida, y es Dios mismo, el único y verdadero Dios.

Por eso no nos acercamos a la Comunión de cualquier manera, sino siendo conscientes de a quién vamos a recibir: al mismísimo Dios vivo. Eso pide de nosotros acercarnos a comulgar con reverencia, con devoción, con gratitud, no vestidos de cualquier manera, pero también con temor de Dios, porque Él, majestad infinita, Aquel que es más grande que el universo entero, hace el milagro de meterse en un pedazo de pan, para poder entrar con todo su ser dentro de tu pequeño ser. Solo te pide que seas humilde, que creas en Él y que le aceptes como huésped de tu alma, que respondas con amor al Amor. Además, cuando comulgamos, Él nos une de manera tan íntima a Él, nos abraza con tal pasión, que nos convertimos en lo que recibimos: miembros del Cuerpo de Cristo, miembros de su Cuerpo. Medítalo mucho. Saboréalo despacio.

Con la Virgen María, con San José y con todos los mártires y los santos, renovemos nuestra fe en la presencia real de Jesús, y permitamos que su amor entre en todas las entretelas de nuestro ser, que transforme nuestras vidas desde dentro. Recibamos este pan de vida con gratitud y devoción, sabiendo que solamente en Él encontraremos el cumplimiento de todo deseo: la plenitud de la felicidad y de la vida.